



El Arzobispo
de Santiago de Compostela

Carta Pastoral en la Cuaresma del 2009

“Enséñame, Señor, tu camino” (Ps 85, 11)

Queridos diocesanos:

La programación cíclica del Año litúrgico, celebrando la obra de la salvación realizada por Cristo, desde su Encarnación y Nacimiento hasta la Ascensión, desde el día de Pentecostés hasta su venida gloriosa, no debe percibirse como una costumbre a la que estamos habituados, sino como una novedad de gracia. La preocupación es descubrir esta novedad en las circunstancias concretas en las que nos encontramos cada uno de nosotros para los que Dios es siempre todo lo que deseamos. Este tiene que ser nuestro sentimiento al comenzar a vivir este tiempo litúrgico de Cuaresma, tiempo de grandes oportunidades para cada uno de nosotros en lo que concierne al compromiso de bautizados en Cristo pues es “un retiro colectivo de cuarenta días, durante los cuales la Iglesia, proponiendo a sus fieles el ejemplo de Cristo en su retiro al desierto, se prepara para la celebración de las solemnidades pascales con la purificación del corazón y una práctica perfecta de la vida cristiana”¹.

Cuaresma sin rebajas

Desde hace algún tiempo son perceptibles las consecuencias de la crisis económica en que nos encontramos y una respuesta a esta situación sigue siendo el ofrecimiento de rebajas masivas como medida paliativa. Tal vez se podría pensar que en medio de la crisis espiritual que nos afecta, la Cuaresma es un tiempo para las rebajas o saldos de última hora. Pensarlo así sería equivocado. Baste comprobar cómo en la oración de la Misa del miércoles de Ceniza pedimos al Señor que nos fortalezca con su auxilio “para que nos mantengamos en espíritu de conversión; que la austeridad penitencial de estos días nos ayude en el combate cristiano contra las fuerzas del mal”. Dios nos llama a la conversión. Así lo proclama el profeta Joel: “Convertíos al Señor Dios vuestro; porque es compasivo y misericordioso, lento a la cólera, rico en piedad, y se arrepiente de las amenazas” (Joel 2,13); por su parte el apóstol san Pablo nos exhorta con este mensaje: “en nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios” (2Cor 5,21). El objetivo de la conversión es avanzar en el camino del conocimiento y de la imitación de Cristo, llevando a cabo una profunda renovación interior con nuestra unión al Misterio de Jesús en el desierto y con una actitud penitencial que no debe ser sólo interna e individual sino también externa y social.

¹ SAN LEON MAGNO, *Sermón 42*.



El Arzobispo
de Santiago de Compostela

Frutos de la conversión

La razón de ser de la existencia cristiana es vivir el misterio de Dios, seguros de que en el desierto de nuestra vida, podemos encontrarlo en el oasis de su misericordia. Ahondando en el alcance de nuestra conversión, las Bienaventuranzas ofrecen el contenido del cambio radical que conlleva la vocación cristiana en el seguimiento de Cristo. Poner a Dios como centro de nuestra vida y acoger su amor misericordioso manifestado en la Cruz de Cristo, arrepentirnos de nuestro pecado y reconocer las heridas infligidas a la dignidad del ser humano, luchar en especial contra toda forma de desprecio de la vida y de la explotación de la persona, y aliviar los dramas de la soledad de tantas personas que se sienten abandonadas², son los frutos del árbol de la conversión que ha de estar enraizado en nuestra mente y en nuestro corazón.

El obstáculo del egoísmo

“Mirad, ahora es el tiempo favorable, ahora es el día de la salvación” (2Cor 6,2). Es tiempo favorable para relacionarnos con los demás a través de la caridad, la comprensión, la amabilidad, el perdón y la hospitalidad; para vivir nuestra relación con Dios escuchando su Palabra, participando frecuentemente en la Eucaristía y reconciliándonos con él; para contemplar nuestro interior valorando nuestro autocontrol, renunciando a cosas superfluas, tomando conciencia de que tenemos tiempo para todo menos para lo importante, y no dejándonos llevar por el desaliento y la desesperanza que son tentaciones corrientes en el desierto de nuestra existencia.

Es tiempo favorable para la reflexión, la oración y la penitencia que nos ayudan a caminar por la senda de la justicia y de la paz, de la sobriedad y de la solidaridad. Pues esto dice el Señor: “cuando destierres de ti la opresión, el gesto amenazador y la maledicencia, cuando partas tu pan con el hambriento y sacies el estómago del indigente, brillará tu luz en las tinieblas, tu oscuridad se volverá mediodía” (Is 58, 9b-10). Sin duda, el cristianismo auténtico no es fácil de vivir y conlleva decisiones radicales. Es muy probable que cuando consideramos las exigencias de nuestra vida espiritual siguiendo a Cristo con la cruz de cada día, seamos presa del desánimo. En estos momentos, de manera especial, hay que recordar que “no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mt 4,4); que no debemos tentar al Señor nuestro Dios (cf. Mt 4,7); y que hemos de adorar a Dios y sólo a él darle culto (cf. Mt 4,10), enseñanzas que Jesús nos dejó cuando fue llevado por el Espíritu al desierto. A la luz de estas palabras los falsos valores se desvanecen, independientemente del lugar que ocupen en nuestra cultura, y los verdaderos valores hacen su aparición desde una visión de fe, suscitando en el alma la satisfacción de ver las cosas en su verdadero lugar. El egoísmo sigue siendo el

² Cf. BENEDICTO XVI, *Mensaje para la Cuaresma de 2007*.



El Arzobispo
de Santiago de Compostela

gran obstáculo que nos impide la fidelidad a las llamadas de Dios y que se manifiesta sobre todo en el excesivo apego a las cosas materiales, olvidando a Dios y los valores espirituales. Vencer el egoísmo es hacernos capaces de combatir la pobreza injusta que envilece la dignidad humana y es origen de tensiones, odios y conflictos.

Os saluda con todo afecto y bendice en el Señor,

+Julián Barrio Barrio,
Arzobispo de Santiago de Compostela